



Conflictos territoriales y territorios de los conflictos: ¿cómo interactúan los movimientos sociales con el espacio?

Delphine Prunier¹

Recibido: 23 de abril de 2020 / Aceptado: 2 de febrero de 2021

Resumen. El presente artículo cuestiona el papel de los territorios en las luchas de poder y en la reconfiguración de los movimientos sociales. Enfatiza la evolución de las perspectivas brindadas por la geografía humana para entender la complejidad de las relaciones de dominación en su dimensión espacial. La propuesta se concentra en casos empíricos latinoamericanos, y mexicanos en particular, sin dejar de un lado miradas comparativas con otras regiones del mundo, para visibilizar la articulación entre movimientos sociales y transformaciones socio-territoriales. El texto se estructura en tres partes: i) una revisión de la literatura sobre la dimensión espacial y territorial de los movimientos sociales; ii) un análisis de la expresión espacial de las relaciones de dominación, revisando la evolución de los objetos y procesos socio-territoriales en conflicto así como la emergencia de una cierta dilución del “adversario” y de sus espacios simbólicos o efectivos de poder; iii) una redefinición de la ciudadanía a través de dinámicas de resistencia en dos contextos de geopolítica global (migraciones centroamericanas en tránsito) y local (cadenas cortas alimentarias) en México. Se apunta hacia la importancia de la digitalización de los movimientos sociales y sus efectos en términos de nuevas expresiones de democracia, ciudadanía y territorialidad.

Palabras clave: movimientos sociales; relaciones de poder; territorio; geografía social; América Latina.

[en] Territorial Conflicts and Territories of Conflicts: How Do the Social Movements Interact with Space?

Abstract. This article questions the role of territories in power struggles and in the reconfiguration of social movements. It emphasizes the evolution of the perspectives provided by human geography to understand the complexity of domination relationships in their spatial dimension. The proposal focuses on Latin American empirical cases, and Mexican cases in particular, without leaving aside comparative views with other regions of the world, to make visible the articulation between social movements and socio-territorial transformations. The text is structured in three parts: (i) a review of the literature on the spatial and territorial dimension of social movements; (ii) an analysis of the spatial expression of the relations of domination, reviewing the evolution of the objects and socio-territorial processes in conflict as well as the emergence of a certain dilution of the “adversary” and of their symbolic or effective spaces of power; (iii) a redefinition of citizenship through resistance dynamics in two contexts of global geopolitics (Central American migrations in transit) and local (short food chains) in Mexico. It points

¹ Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
Email: prunier.delphine@sociales.unam.mx
<https://orcid.org/0000-0001-6870-8943>

to the importance of the digitalization of social movements and its effects in terms of new expressions of democracy, citizenship and territoriality.

Keywords: social movements; power relationships; territory; social geography; Latin America.

[pt] Conflitos territoriais e territórios dos conflitos: como interagem os movimentos sociais com o espaço?

Resumo. Este artigo questiona o papel dos territórios nas lutas de poder e na reconfiguração dos movimentos sociais. Enfatiza a evolução das perspectivas fornecidas pela geografia humana para compreender a complexidade das relações de dominação em sua dimensão espacial. A proposta centra-se em particular nos casos empíricos latino-americanos, e mexicanos em particular, sem deixar de lado visões comparativas com outras regiões do mundo, para tornar visível a articulação entre movimentos sociais e transformações socioterritoriais. O texto está estruturado em três partes: i) uma revisão da literatura sobre a dimensão espacial e territorial dos movimentos sociais; ii) uma análise da expressão espacial das relações de dominação, revendo a evolução dos objetos e processos socioterritoriais em conflito, bem como a emergência de certa diluição do “adversário” e de seus espaços simbólicos ou efetivos de poder; iii) uma redefinição da cidadania por meio de dinâmicas de resistência em dois contextos de geopolítica global (migrações em trânsito da América Central) e local (cadeias curtas de abastecimento alimentar) no México. Aponta a importância da digitalização dos movimentos sociais e seus efeitos em termos de novas expressões de democracia, cidadania e territorialidade.

Palavras-chave: movimentos sociais; relações de poder; território; geografia social; América Latina.

Sumario. Introducción. 1. Geografía, poder y geopolítica de las resistencias. Estado del arte. 1.1. Transformar las sociedades y los territorios. Evolución de las perspectivas desde las ciencias sociales y la geografía humana. 1.2. La dimensión espacial y territorial de los conflictos y los movimientos sociales. 2. Relaciones de fuerzas y dominación en su expresión espacial. 2.1. Objetos espaciales y procesos socio-territoriales en conflicto. Permanencias y particularidades en el mundo. 2.2. La dilución del “adversario” o ¿cómo encontrar los espacios del poder? 3. Redefinición de la ciudadanía y nuevas expresiones de democracia a través de los territorios. 3.1. La evolución de los movimientos sociales y sus efectos en las transformaciones socioespaciales. 3.2. El corredor migratorio centroamericano, espacio de luchas. 3.3. “Comer local” en la metrópolis... reivindicación, organización y desigualdades territoriales. 3.4. Digitalización de los movimientos sociales: ¿deterritorialización o cambio de escala para la acción colectiva? Conclusiones. Agradecimientos. Referencias.

Cómo citar: Prunier, D. (2021). Conflictos territoriales y territorios de los conflictos: ¿cómo interactúan los movimientos sociales con el espacio?. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 12(1), 77-98. <https://dx.doi.org/10.5209/geop.68992>

Introducción

Resistencias y protestas, muy a menudo, están percibidas y estudiadas desde su vertiente social, desde la emergencia, la constitución y el *modus operandi* del cuerpo social que las expresa. Pero sería un error dejar de un lado las características espaciales de estos movimientos, ya que, entre movimientos sociales y espacio, surge un reto analítico, una tensión epistemológica clave para la geografía social y política.

Tres facetas aparecen. Por un lado, las transformaciones socio-territoriales —impulsadas por diferentes tipos de actores y procesos— son el punto de partida, el detonador de los movimientos sociales. Crean o provocan la necesidad de resistencia, así como el impulso de las protestas, a partir de intereses y percepciones encontradas

en un territorio dado. El Estado es el actor tradicional que ordena el territorio para generar crecimiento económico y desarrollo, desde su propia visión política, su representación del espacio y su definición de las funciones que le son atribuidas. Las políticas de ordenamiento territorial o de planificación económica (y su articulación con el capital privado) han generado a lo largo de la historia reacciones por parte de otros grupos de actores, de acuerdo con las relaciones de fuerza en presencia. Sin embargo, la geografía política, dibujada por fuerzas y modos de acumulación cuya dimensión absoluta es la desigual distribución del poder, no se conforma solamente en torno al Estado-nación como actor dominante y estructura jerárquica, sino también —y, sobre todo, en el contexto de la globalización neoliberal— en torno al capital: el sector privado y las empresas multinacionales son agentes cruciales en términos de control territorial y concentración de recursos.

Por otro lado, los movimientos sociales, a través de diferentes mecanismos de resistencia y protesta, influyen e impactan espacialmente: transforman las estructuras territoriales, haciendo uso de su capacidad de movilización social y de presión sobre el aparato político y productivo, pero también reivindicando cierta idea del territorio, en base a representaciones y posturas en cuanto al uso legítimo del territorio. Si bien estos movimientos no disponen de la fuerza coercitiva, sus principales recursos y herramientas se encuentran en la legitimidad, la identidad, la cultura, la práctica espacial y el carácter colectivo de sus acciones.

Finalmente, más allá de estas dos entradas por los actores, resulta imprescindible concebir el territorio como un vector, un soporte para la movilización, la concertación y la acción colectiva (Ripoll, 2005). La apropiación del espacio, en sus diferentes acepciones materiales y simbólicas, no constituye solamente el objetivo, sino también una estrategia y un recurso para el movimiento social.

La relación entre los movimientos sociales y los territorios en transformación ha evolucionado de manera muy importante. Sin caer en lecturas lineales, podemos plantear que, en América Latina y México en particular —a diferencia de los movimientos obreros relacionados con la industrialización fordista—, el contexto de la modernización y del modelo de “sustitución de importaciones” otorgó a la agricultura un papel muy importante en la emergencia de los movimientos sociales, como proveedora de materias primas para la consolidación del desarrollo industrial. Durante ese periodo, el Estado aparece como interlocutor principal de los movimientos de lucha por la apropiación de la tierra y de los recursos, puesto su papel central en la promoción del desarrollo económico. En México, la lucha por el reparto agrario es clave (Bartra, 1977), mientras que el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil constituye una referencia en el otro hemisferio. Con la crisis de los años 1980 y el auge del neoliberalismo global, la presencia de las transnacionales en el territorio se extiende, y el poder del Estado da un giro mayor: se retira de las políticas de bienestar y, simultáneamente, apoya las inversiones del capital de las transnacionales orientado a la exportación. Pasamos por lo tanto de una “lucha por la tierra”, es decir por la posesión y la distribución de la tierra, a una “lucha por el territorio”, donde la cuestión indígena y comunitaria, las perspectivas del bien común, de la reproducción social, de la soberanía alimentaria o de la agroecología cobran un papel relevante (Rosset, 2016; Vásquez Cardona y Rincón, 2013).

Como punto de partida de la reflexión, postulo que es fundamental deconstruir la visión dual que consistiría en asumir que la relación de fuerza se fomenta en una dicotomía “desde abajo” (los movimientos sociales, los actores de la sociedad civil,

los individuos, los ciudadanos) *versus* “desde arriba” (el Estado, las instituciones infra o supranacionales, el capital transnacional). Resulta primordial para el análisis cuestionar los mecanismos que definen los juegos de actores, ya que las capacidades de transformación se encuentran en diferentes tipos de actores que influyen social y espacialmente. Se trata de comprender relaciones complejas (juegos de actores múltiples y juegos de escalas entremezclados) que enriquecen profundamente el estudio del territorio.

El presente artículo busca por lo tanto alimentar la discusión sobre la dimensión territorial de los movimientos sociales a través de una reflexión acerca de las transformaciones contemporáneas de las modalidades de organización colectiva y de su dimensión espacial. Se pretende particularmente indagar sobre la relación aparentemente contradictoria entre espacios de lucha y desterritorialización de la movilización social de oposición o resistencia. En base a una reflexión teórica, así como de ejemplos empíricos esencialmente localizados en el continente americano, el texto se divide en tres partes. En una primera, se realiza una revisión de la literatura sobre la dimensión espacial y territorial de los movimientos sociales. En un segundo momento, el texto se dedica a un análisis de la expresión espacial de las relaciones de dominación, revisando la evolución de los objetos y procesos socio-territoriales en conflicto, así como la emergencia de una cierta dilución del “adversario” y de sus espacios simbólicos o efectivos de poder. Finalmente, se contempla una redefinición de la ciudadanía a través de dinámicas de resistencia en dos contextos de geopolítica global (migraciones centroamericanas en tránsito) y local (cadenas cortas alimentarias) en México. Se apunta hacia la importancia de la digitalización de los movimientos sociales y sus efectos en términos de nuevas expresiones de democracia, ciudadanía y territorialidad.

1. Geografía, poder y geopolítica de las resistencias. Estado del arte

1.1. Transformar las sociedades y los territorios. Evolución de las perspectivas desde las ciencias sociales y la geografía humana

Entre territorio y poder, espacio y política, todo un campo de la geografía humana se encuentra involucrado, base de una reflexión disciplinaria de largo aliento. Si bien el objetivo de este artículo no es realizar una revisión exhaustiva de la literatura y las discusiones epistemológicas en torno a la dimensión política del espacio y del territorio, es preciso resaltar aquí brevemente las diferentes líneas teóricas que han puesto en el centro de la reflexión la relación entre territorialidad y relaciones de poder.

A partir de los años 1970, el carácter político del actuar geográfico se recupera poco a poco en el viejo continente, con análisis críticos sobre las fronteras, la colonización o la dominación de las clases populares (Lefebvre, 1974; Raffestin, 1980). En los Estados Unidos, la ciudad se convierte en un laboratorio privilegiado para el desarrollo de una geografía humanista en donde las percepciones y las experiencias ponen en el centro de la atención el papel del lugar (*place*). Esta preocupación por poner el énfasis en la cultura, la identidad, el imaginario y las relaciones de poder ha marcado la geografía y los estudios urbanos desde finales de los años 1980 hasta fechas recientes (Harvey, 1998; Massey y Jess, 1995; Massey, 2012; Swyngedouw, 1989, 2004). Además, la relación entre territorialidad y conflictos sociales se

alimenta de debates y reflexiones dentro de distintas disciplinas, particularmente a través de los *Cultural Studies*, del estudio de las “sub-culturas”, los grupos marginales y dominados, la formación de los colectivos y resistencias, las sociedades (post)coloniales, las diásporas, las representaciones y las epistemologías del Sur (Saïd, 1978; Spivak, 1988; Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007; Mignolo, 2010; Quijano, 2000; Pleyers, 2018a; Aquino, 2013; Martínez Luna, 2010). Por otro lado, las ciencias políticas han mostrado un gran interés en el carácter “situado” de los procesos políticos (Cairo, 2013; Dikeç, 2012), mientras la economía ha evidenciado el carácter vital del territorio para el avance del capitalismo, a través de la militarización de las estrategias de poder y de la construcción de hegemonía (Ceceña, 2018).

Los cambios o las reconfiguraciones que se producen en el espacio, lejos de representar procesos neutros, revelan por el contrario mecanismos de apropiación del territorio, de atribución o de modificación del valor y de la función que este territorio cumple. Los conflictos, como fenómenos sociales inseparables del movimiento de resistencia o protesta, son los que revelan —a la vez que provocan— transformaciones socio-territoriales.

Propongo aquí prestar particular atención al espacio como recurso: al convertirse en territorio por mecanismos de apropiación, se carga de un valor económico, pero también de otros tipos de valores menos cuantificables, como los culturales, identitarios y subjetivos. En un territorio dado, la disposición, movilización y valorización de los recursos provoca siempre un dilema, una oposición de objetivos contradictorios, una reacción social determinada por la definición de ciertos intereses colectivos (desde la perspectiva de la población local, empresas, pequeños productores, usuarios de servicios o espacios públicos, sindicatos, etc.). Para los movimientos sociales, el origen de la movilización, de la acción colectiva y de la reivindicación se encuentra en la encrucijada entre valor de uso y de cambio, en la defensa de determinados valores y representaciones, en términos de paisaje, de identidad, de prácticas cotidianas, de conservación ecológica o bien de distribución equitativa de los recursos.

1.2. La dimensión espacial y territorial de los conflictos y los movimientos sociales

Dos perspectivas distintas se destacan en el estudio de los movimientos sociales hasta finales del siglo XX. Por un lado, se estudian las modalidades de organización, es decir, la acción colectiva como estrategia. Por el otro lado, se da mayor enfoque al origen de la organización, a las condiciones estructurales en las que nace, es decir al movimiento social como identidad. Si bien la historia, la ciencia política o la sociología desarrollan definiciones específicas, las tres disciplinas coinciden en la voluntad de cambiar la organización de la sociedad en vista de un progreso social, en la valorización de valores compartidos (solidaridad, igualdad, protección del medio ambiente, etc.) y en el carácter conflictual de la movilización, que pasa por diversas formas de protesta o de resistencia. En este sentido, el movimiento social se considera como un proceso de (re)constitución de una identidad colectiva (Revilla Blanco, 1994), más o menos estructurado y formal, que da sentido y fuerza a la acción individual y colectiva.

Pero desde las dos últimas décadas, otra dimensión se hizo fundamental: las discusiones sobre movimientos sociales integraron de manera central la perspectiva espacial, con una participación activa de los estudiosos del papel de las dinámicas

territoriales en las organizaciones sociales, las protestas y las relaciones de poder, en particular desde la geografía social y crítica. Por lo tanto, se ha enriquecido la interpretación de los movimientos sociales (como estrategia y como identidad) con un ángulo de lectura adicional y articulado: el de las espacialidades, de las formas y prácticas espaciales como factores claves para el entendimiento de las resistencias colectivas.

En 1996, un artículo del geógrafo británico Paul Routledge (1996) planteaba la necesidad de estudiar la capacidad de los movimientos sociales en retar dos tipos de poderes: el del Estado y el de los organismos internacionales, ambos activos promotores de programas de desarrollo. También insistía en la pertinencia de prestar más atención en la escala local o a todos los procesos de tensiones políticas que se estén presentando en otras escalas que la global. Esta contribución, presentada al cerrar el siglo XX, tiene el mérito de abrir nuevas perspectivas y cuestionamientos, en particular: 1) el potencial de los movimientos sociales para contrarrestar lógicas de hegemonía, dominación y colonización por parte del Estado; 2) la importancia del lugar, de la escala local, para el fortalecimiento de la resistencia y su articulación con los procesos globales, con el enfoque de “privilegiar y comprender la voz de los movimientos sociales [...] desde la perspectiva de sus actores” (Routledge, 1996, p.510).

Pocos años después, en el continente americano, Bernardo Mançano Fernandes fue uno de los precursores de una nueva perspectiva en cuanto a la relación entre relaciones sociales y territorialidad, a partir del estudio del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra en Brasil. Propuso que los geógrafos pueden participar de lleno en el análisis de los movimientos sociales porque la espacialización y la territorialización son elementos fundamentales de análisis de las luchas. A iniciar el siglo XXI, definió el movimiento social como “una categoría geográfica” y planteó como indispensable enriquecer las lecturas que se enfocan en la organización o la identidad de los movimientos sociales, con una mirada dedicada a descifrar el territorio multidimensional, complejo y resistente (Fernandes, 2000, 2005).

Del lado de la geografía norteamericana, la discusión se intensificó también al entrar en la década de los 2000, por ejemplo en la revista *Mobilization: An International Quarterly*, donde dialogaron teóricos de la geografía de las movilizaciones (Tilly, 2000; Martin y Miller, 2003; Marston, 2003) en torno a los espacios de disputa: se argumenta que el análisis de los conflictos políticos se beneficia mucho de una perspectiva espacial, ya que los procesos sociales no se pueden desvincular de los procesos espaciales. Se plantea sobre todo que las nociones de espacio, lugar, escala o redes son indispensables para mejorar la comprensión de la percepción y de las estrategias de los actores de la vida política. En otras palabras, constituyen recursos claves en la arena política, desde la construcción espacial de los movimientos sociales (Nicholls, Miller y Beaumont, 2013).

Sin duda, la obra de Lefebvre (1974) sobre la producción social del espacio había afirmado desde mucho antes que el espacio es a la vez el origen y la meta de los conflictos políticos: es el reflejo de las pugnas contra la hegemonía y todas las formas de dominación. Inspirándose de esta “búsqueda de un contra-espacio” propuesta por el filósofo francés, donde se pueda expresar y practicar otras formas de habitar, se busca también explorar la complejidad, la ambigüedad, las contradicciones de las relaciones de poder que pueden existir entre los actores en algunas situaciones de conflictos territoriales, como lo expone, por ejemplo, Oslender (2010) con el caso de

los “entrelazamientos del poder y la resistencia”, entre cooptación o coerción, en contextos de conflictos agrarios en Colombia.

Además, la discusión nos conduce hacia nuevas territorialidades epistemológicas, desde las identidades, las culturas y los *habitus*. Si bien la geografía estudiaba cómo las condiciones territoriales, la disponibilidad de recursos y los paisajes condicionaban los procesos de desarrollo de las sociedades, ahora se centra siempre más en el rol del hombre social y cultural en la transformación de su ámbito territorial y ecológico, a partir de la organización colectiva:

Esa geografía política se produce como un movimiento en el pensamiento que acompaña a una acción social que reconfigura identidades colectivas, reorganiza el espacio ecológico y construye nuevos territorios teóricos, políticos y culturales [...] Es la cultura la que, a través de sus saberes sobre el mundo, imprime su sello en la tierra, en el bosque, en la selva; son saberes que describen y se inscriben en un territorio a través de prácticas productivas y luchas sociales [...] (Prefacio de Enrique Leff a Porto Gonçalves, 2001, p.vii).

Para Porto Gonçalves, el territorio tiene que entenderse desde lo singular y lo diverso. Desde este punto de vista, las transformaciones territoriales que observamos en el mundo contemporáneo resultan de movimientos y nuevos actores sociales que reaccionan frente a la crisis del modelo de desarrollo dominante, hegemónico y moderno orientado por el mercado y el Estado centralista. Se construyen territorialidades diversas bajo formas nuevas y a partir de procesos originales guiados por otro entendimiento de la relación entre la sociedad, la cultura y la naturaleza, triada clave para forjar una verdadera sustentabilidad.

2. Relaciones de fuerzas y dominación en su expresión espacial

2.1. Objetos espaciales y procesos socio-territoriales en conflicto. Permanencias y particularidades en el mundo

El intelectual hindú Ranajit Guha (1999), muy activo en los *Subaltern Studies*, describió las relaciones de dominación y de subordinación en la India rural del siglo XIX. A contracorriente de la idea de campesinos pasivos y poco conscientes de su situación de opresión frente al imperio británico, toma el punto de vista de los actores mismos, desde abajo, para mostrar su viva voluntad de cambio político y la emergencia de movimientos específicos en las excolonias, que se expresan de manera singular en cada espacio, a partir de una cierta cultura del conflicto, más o menos lenta, más o menos pacífica... Esta obra también muestra que la raíz de los conflictos socio-territoriales se encuentra en primer lugar en la tierra. La organización profundamente desigual del reparto agrario toma su origen en los imperios coloniales y tiene continuidad después de las independencias por los poderes económicos y políticos concentrados en manos de grandes oligarquías. En todo el “Sur global”, desde el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil (Rua, 1998) hasta las reivindicaciones de los pequeños campesinos que luchan contra las grandes plantaciones de Indonesia (Lund y Rachman, 2016), queda muy claro que los viejos esquemas de regímenes de propiedad siguen vigentes y que las luchas por una repartición agraria más justa han

marcado los movimientos sociales. En las regiones colonizadas —y, especialmente, en América Latina— la concentración y la desigual repartición de la tierra son sin duda un factor explicativo clave de la definición de los grupos de poder y de las reivindicaciones en cuanto a la apropiación de los recursos territoriales y de las identidades indígenas.

En la actualidad, observamos un deslizamiento en el objetivo y en las dinámicas que rigen los movimientos sociales: si bien el control de los recursos (en términos de propiedad y medios de producción) sigue siendo fundamental, la manera de referirse al espacio, al derecho y a la legitimidad de usar o de habitar el territorio cambia. El trabajo de Arturo Escobar (1998) es muy sugerente para entender cómo la protección de la biodiversidad y la conservación del medio ambiente se han puesto en el centro de las discusiones, reflejando juegos de actores complejos y nuevas estrategias de movilización. Si la noción de biodiversidad obviamente tiene fundamentos científicos determinados, lo interesante es visibilizar también la construcción de discursos y posicionamientos políticos diversos por parte de diferentes redes de actores alrededor de la idea. En este panorama, resaltan ONG's, organismos internacionales, expertos, académicos, comunidades locales y movimientos sociales, quienes impulsan un marco alternativo de ecología política, articulando la biodiversidad con retos sociales y culturales. Una perspectiva local y comunitaria surge y se afirma, con enfoque a la defensa del territorio, a la autonomía política, a la valorización de los conocimientos autóctonos y a la identidad indígena. Espacios subalternos o lugares marginales cobran importancia como centros de innovación y propuestas alternativas; provocan un reacomodo importante en las relaciones de fuerzas local/global, a la vez que redefinen los tipos de espacios y de recursos en pugna.

En este sentido, una cierta apropiación de la problemática ambiental por los movimientos sociales se observa hoy en día: a través de la construcción de discursos y estrategias políticas basadas en la conservación de la naturaleza y la preservación de la biodiversidad, se vislumbran otras luchas en torno a la identidad, el empleo, la democracia o la diversidad de las expresiones territoriales. Los atributos naturales y ambientales del espacio están convocados desde los movimientos sociales, en una estrecha articulación con problemáticas socioculturales que demuestran la permanencia de relaciones de dominación y desigualdades profundas (Paz y Risdell, 2014; Carruthers, 2008). Es preciso mencionar que poderosas entidades políticas y económicas instrumentalizan también a su favor el léxico ambiental: la palabra “sustentabilidad” es una herramienta central de las estrategias de explotación y expansión territorial de capital privado, disfrazado de capitalismo verde (Mártinez González y Gómez Suárez, 2017; Dias y Tostes, 2009).

En el caso de las luchas de los pueblos indígenas y autóctonos en América Latina, el despojo y la acumulación por desposesión (Harvey, 2005) se manifiestan de diversas formas con la explotación de recursos por diferentes sectores de actividad (agricultura intensiva, turismo, minería, hidrocarburos, etc.). Muchos estudios muestran cómo la privación de los recursos, la negación de la diversidad cultural y la posibilidad de autodeterminación de los pueblos sobre sus territorios se vinculan con la violencia y las desigualdades estructurales. Podemos citar por ejemplo los movimientos sociales de mujeres o campesinos en el contexto del conflicto armado colombiano (Ojeda, 2016) o las resistencias que se construyen en diferentes regiones de México frente al imperialismo económico del vecino norteamericano y a las consecuencias socio-territoriales del neoliberalismo (Martin, 2005). También es muy

interesante observar la reciente evolución de las representaciones y de los valores expresados en los movimientos sociales que se organizan para oponerse a las políticas neo-extractivistas de los gobiernos llamados “progresistas” en Bolivia o en Perú, por ejemplo. Estas experiencias muestran cómo se disputan imaginarios de cambio social y proyectos de desarrollo territorial alrededor de la construcción de “Estados plurinacionales”, la noción de “buen vivir” o la descolonización del Estado. Movimientos sociales que hacen converger matriz indígena y campesina con discursos ecologistas, al mismo tiempo que cuestionan la relación entre el Estado y el capital transnacional, afirman la atribución de nuevos valores y funciones al territorio (López Flores, 2015; Gandarillas Gonzáles, 2014; Svampa, 2011).

Finalmente, nuevos objetos o procesos espaciales surgen, tanto en las reconfiguraciones socio-territoriales como en la conformación de los movimientos de resistencia, desde el punto de vista del bien común, de lo simbólico del legado histórico y de la patrimonialización del espacio (Melé, 2005). Estos diferentes ángulos políticos y formas de valorar el territorio muestran que los recursos espaciales, tangibles o simbólicos, lejos de ser consensuales, implican siempre percepciones y proyectos contradictorios.

2.2. La dilución del “adversario” o ¿cómo encontrar los espacios del poder?

Como lo vimos, el territorio puede constituirse como objeto de conflicto. Paralelamente, reviste una importancia clave en las dinámicas de movimientos sociales a partir de la emergencia de los espacios de producción y de contestación del poder.

Las movilizaciones sociales nacen, se definen y se ponen en acción frente a un “otro”, un enemigo, un adversario, una entidad u organización antagonista, que representa o actúa según intereses contrarios. El proceso histórico y económico global ha llevado a desplazar el sujeto de oposición y dos preguntas subsisten para los movimientos de protesta y/o de resistencia: ¿cómo determinar el adversario, el actor central al que hacer frente en la lucha? y ¿dónde encontrarlo?

En un primer momento histórico, estamos frente a un marco muy institucional y de dominio público-político bastante bien definido: el Rey, el Estado, el representante electo. En términos simbólicos, administrativos y territoriales, las delimitaciones son claras y, por lo tanto, los lugares de representación del poder se determinan fácilmente para los movimientos de oposición. En las Revoluciones rusa o francesa, por ejemplo, la centralización del poder en manos del Tzar o del Rey es clave para la estructuración de las reivindicaciones agrarias o democráticas. Con la industrialización y la aceleración del capitalismo global, la conformación de un poder híbrido, entre las políticas de desarrollo y modernización concebidas desde la escala del Estado-nación por un lado, y la participación creciente del mercado como actor central por el otro lado, las cadenas de producción, de responsabilidad y de decisión para la planificación del territorio se hacen mucho más complejas. Es más difícil descifrar el grado de acción de las empresas transnacionales, tanto en las mutaciones espaciales (enclaves productivos, redes de comercialización) como sociales (relaciones laborales, legislaciones internacionales). En este entramado, resulta mucho más complicado determinar ¿cómo y dónde se expresa la relación de dominación?, ¿en qué territorio aterrizar y vincular el movimiento social?

Hoy en día, las protestas y resistencias se construyen como movimientos de oposición que se plantean frente a una noción, una ideología, una corriente. El

capitalismo salvaje, la globalización, el neoliberalismo, la financiarización, el racismo o el patriarcado son las figuras en contra de las cuales numerosas movilizaciones sociales se edifican (Occupy Wall Street, #MeToo, SlowFood, Black Lives Matter, LGBT Rights Movement...). Se trata de un fenómeno muy interesante para el geógrafo, ya que levanta de inmediato la pregunta de la expresión o del reflejo espacial de estas doctrinas. Además, frente a la despersonalización de la relación de dominación, a la desaparición física de una persona o institución representante, al enturbiamiento en la definición de las cadenas de responsabilidad, ¿dónde están los lugares para confrontarse?

Al pasar de un “otro” político a un “otro” económico e ideológico, se transforman las implicaciones territoriales del movimiento y de la organización social. En México por ejemplo, este deslizamiento de la figura dominante o del responsable de la subordinación social y económica se ha visto claramente, desde el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994 hasta la movilización de organizaciones civiles y académicos en contra del megaproyecto del Tren Maya desde 2018. En el primer caso, se articulan demandas de autonomía política y afirmación de una legitimidad cultural e identitaria frente a la lógica centralizadora del gobierno federal por un lado, con la construcción de un discurso anti hegemónico en donde el adversario se encarna en la política neoliberal de los EE UU y del capitalismo global, por el otro lado (Mestries, Pleyers y Zermeño, 2009). Aquí es sumamente interesante subrayar que el movimiento social se desata simbólicamente el día de la implementación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, acuerdo que sella la apertura de fronteras comerciales, reconfigura las condiciones del intercambio y, por lo tanto, constituye por excelencia una transformación socio-territorial detonadora de una dinámica de resistencia. En el segundo caso, el anuncio del megaproyecto por el nuevo presidente Andrés Manuel López Obrador, desde un modo de gobernanza muy centralista, promotor de desarrollo en regiones consideradas como periféricas o marginadas, no puede esconder la presencia de intereses múltiples y la intervención estructural de actores económicos. En los sectores del turismo, del patrimonio natural y cultural o del comercio interportuario, la península se presenta como un espacio estratégico donde los capitales tanto nacionales como extranjeros tienen un papel clave². Si bien los movimientos de defensa de los recursos biológicos y culturales se levantan frente al modelo dominante neoliberal, parece ser un reto muy grande el de definir los espacios implicados en estas relaciones de fuerzas, las entidades y los lugares cargadores de símbolos para la lucha.

Muy a menudo, el Estado, en su expresión tradicional como principal espacio de poder, sigue siendo el que mejor encarna la dominación y el objeto de la oposición: lo podemos ver con la Marcha por la Dignidad Indígena que encabezaron representantes del EZLN, de la selva lacandona de Chiapas a la Ciudad de México, en 2001, como ilustración de un movimiento social que busca convocar espacios simbólicos y de los imaginarios (Tamayo Flores y Cruz-Guzmán, 2018) y, de igual manera, con la concentración de los reclamos dirigidos a AMLO como figura de autoridad e impulsor de políticas de desarrollo nacional impuestas desde arriba.

Desde la perspectiva de la dilución del adversario, parece importante subrayar la dificultad de definir y ubicar los espacios simbólicos del poder opresor o de las fuerzas dominantes, suerte de “geosímbolos de oposición”, en referencia a la noción de

² Ver <https://fronterasur.home.blog/2019/01/14/tren-maya-cuarta-transformacion-o-continuidad-estructural/>

“geosímbolo” desarrollada por Joël Bonnemaison (1981) o a los “*haut-lieux*” de Bernard Debarbieux (2013), que expresan simbólicamente, a través de representaciones y usos, un sistema de valores colectivos o una ideología. Si bien estos conceptos subrayan el carácter positivo o federalizante de estos lugares desde las prácticas comunitarias o identitarias, resulta interesante movilizar la noción desde las prácticas de oposición, de movilización social, de protesta o de resistencia. Dicho de otra manera, si bien el territorio constituye un objeto de luchas de poder, el lugar, por su lado, cobra mucha importancia como recurso simbólico y como medio de expresión de estas relaciones de fuerza. Nos encontramos, en definitiva, frente a una fuerte interdependencia entre los diferentes marcos institucionales y espacios de poder. Esto representa un gran reto desde la perspectiva de los movimientos sociales que se erigen en oposición o que buscan impulsar mutaciones socio-territoriales.

3. Redefinición de la ciudadanía y nuevas expresiones de democracia a través de los territorios

3.1. La evolución de los movimientos sociales y sus efectos en las transformaciones socioespaciales

La transformación reciente de la movilización social reside en el grado de estructuración y de formalidad de la organización. Los movimientos se han constituido tradicionalmente alrededor de cuerpos intermediarios —especialmente desde el ámbito de las luchas laborales—, con legitimidad, normas y códigos discursivos, así como con cierta capacidad de acción e intervención: en particular, los sindicatos —en sus diversas modalidades según el contexto y la historia nacional, pero en particular en los países industrializados— representa(ba)n interlocución para la negociación en caso de conflicto social y, por lo tanto, revestían un papel clave en los mecanismos de control de poderes sobre la sociedad y el espacio. Estas figuras y modalidades de movimiento social se han visto cuestionadas últimamente, con nuevos modos de organización, menos estructurados y jerarquizados (el reciente movimiento de los “Chalecos amarillos” en Francia es una de las ilustraciones de este giro). Además, las grandes teorías de los movimientos sociales están siendo cuestionadas: los enfoques materialistas (Tilly, 1978) o culturalistas (Touraine, 1978), prevalentes hasta el inicio del siglo XXI, se ven rebasados por nuevas miradas que replantean la acción colectiva en contextos locales y prestan atención a las emociones, al pragmatismo y al feminismo (Jasper, 2012). En este sentido, es fundamental tomar en cuenta que, en los países llamados “del Sur”, estos movimientos se han constituido tradicionalmente sin necesariamente contar con la figura del cuerpo intermediario o del sindicato, por lo que es importante resaltar las dinámicas de acción colectiva espontáneas o menos estructuradas, como por ejemplo con las movilizaciones campesinas, indígenas o estudiantiles (en contra de la dictaduras latinoamericanas, por ejemplo).

Si bien el objetivo de este artículo no reside en analizar a detalle la mutación y el debilitamiento de estos cuerpos intermediarios *per se*, nos interesa mucho entender la evolución de estos movimientos sociales para visibilizar la transformación de su huella espacial. ¿Cómo las mutaciones socio-territoriales actuales impulsan estos nuevos movimientos sociales? y ¿de qué forma estas nuevas modalidades de

movilización social impactan en el territorio? Propongo acercarme a estas preguntas a través de dos ejemplos observados en el territorio mexicano.

3.2. El corredor migratorio centroamericano, espacio de luchas

En octubre del 2018, miles de centroamericanos, principalmente hondureños, salían de su lugar de origen para emprender una marcha hacia la frontera mexicana, con el objetivo final de llegar a los EE UU. El poder de las imágenes y de la mediatización impactó mucho el imaginario colectivo sobre las denominadas “caravanas” que se alistaban para desafiar las fronteras. En octubre 2019 y enero 2021, a raíz de los impactos de la crisis sanitaria y socioeconómica del COVID-19, pero también de la serie de huracanes que han afectado duramente gran parte de la región, nuevas caravanas se formaron en la zona de San Pedro Sula y fueron detenidas o dispersas por las autoridades guatemaltecas.

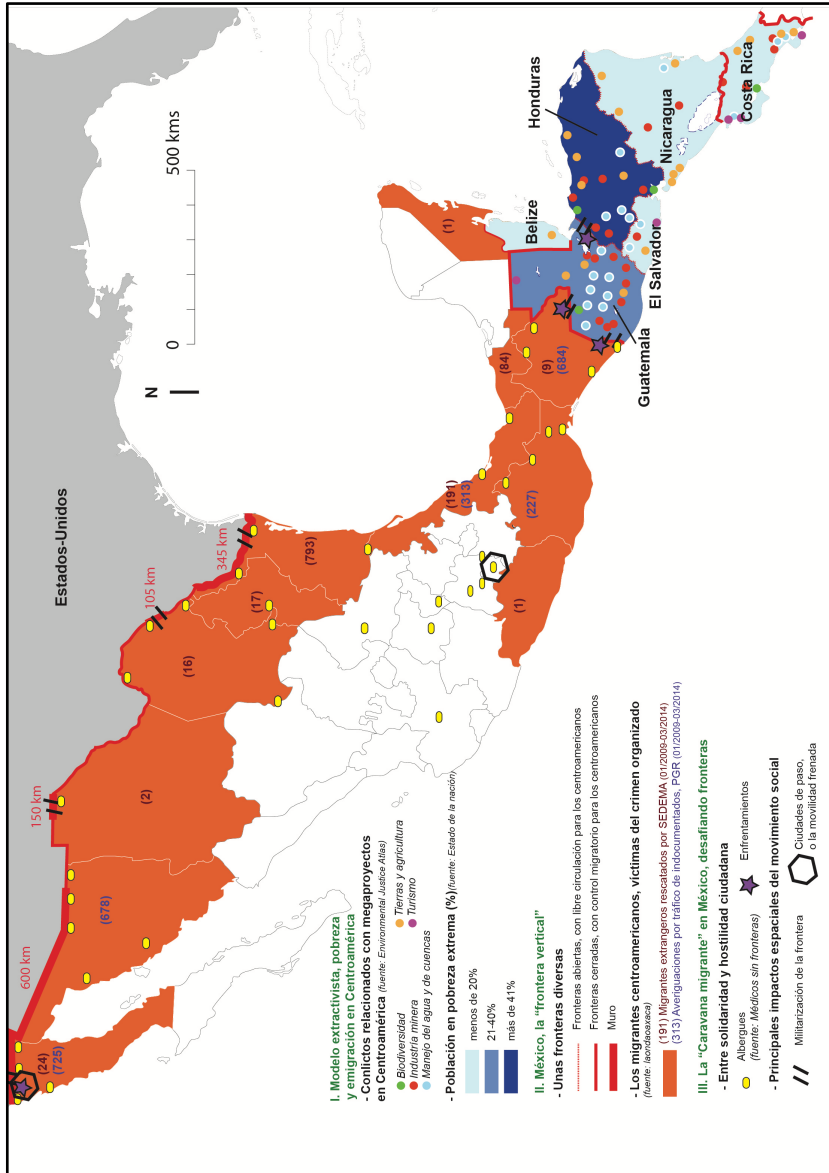
Si bien el flujo de los centroamericanos hacia “el Norte” no es novedad, la estrategia de mantenerse juntos para agarrar más fuerza física y simbólica, para hacerse más visibles y para lograr condiciones de viaje más seguras en la travesía por México convierte este episodio de la migración mesoamericana en un verdadero movimiento social de resistencia. Un movimiento de resistencia que, en primer lugar, se erige en reacción a las medidas de control de la movilidad —articuladas con el trabajo cautivo (Moulier-Boutang, 2005)— establecidas por los Estados Unidos y por México, a través de políticas de externalización de la frontera: el Plan Frontera Sur otorga a México la responsabilidad de la contención de los flujos migratorios en su frontera con Guatemala y convierte el país en “frontera vertical” o “país tapón” (Garibo, 2016; Torre Cantalapiedra y Yee Quintero, 2018), mientras vimos recientemente que estas políticas de contención y represión del flujo migratorio se desplazaron en la frontera Guatemala-Honduras.

La movilización social de migrantes se construye también en reacción a las políticas intervencionistas (tanto en el plano militar como económico, energético, agrícola y político) que han fomentado situaciones de violencia y desigualdad muy profundas en los territorios de origen y que, hoy en día, han dado forma al movimiento actual de huida y de confrontación con los límites territoriales establecidos: las fronteras nacionales del subcontinente norteamericano.

Finalmente, la impregnación de la violencia en la región constituye un tercer elemento determinante para la constitución de este movimiento de las “caravanas”. Como lo demuestra Varela Huerta (2016) a partir del caso del Movimiento Migrante Mesoamericano, desde la primera década de este siglo, surgen organizaciones transamericanas migrantes que articulan reivindicaciones e identidades diversas, desde las experiencias de ilegalización y deportación para los ciudadanos mexicanos en los EE UU, hasta las experiencias de tránsito, vulnerabilidad, desapariciones e impunidad para los centroamericanos que cruzan el territorio mexicano.

En un contexto de necropolítica, militarización de las fronteras, políticas de racismo institucional y construcción legal de la ilegalidad, el movimiento migrante no es solamente una estrategia individual/familiar de sobrevivencia sino también una voz y una demostración militante que sacude con fuerza la idea de ciudadanía, hospitalidad o derecho.

Mapa 1. Migración subversiva y reconfiguraciones socio territoriales



Fuente: Elaboración propia.

Las caravanas surgen entonces como estrategia frente a la urgencia de migrar y a la inseguridad que marca profundamente México como país de tránsito, así como los países de origen, en un contexto de violencia multidimensional, económica, social e institucional (París Pombo, 2016; Faret, 2020). El movimiento social se define aquí por mecanismos de reunión de individuos aislados y de visibilización de su presencia para poder atravesar de manera más segura y rápida un territorio hostil.

Las víctimas de un sistema opresor y dominante muestran que, además de emprender dinámicas de resistencia, también son actores potentes, con gran capacidad de agencia, que toman decisiones, se organizan y confrontan obstáculos administrativos, regímenes políticos y fuerzas policiales, en suma, estructuras de orden territorial. Al ejercer este “derecho de fuga” (Mezzadra, 2005), los migrantes crean un movimiento —social pero también de desplazamiento en el espacio—, y provocan una serie de recomposiciones territoriales en las fronteras mismas, en el papel de las ciudades transitadas, en las vías de comunicación, en las organizaciones de la sociedad civil, etc. (Mapa 1). Al mismo tiempo, se hace muy estrecha la articulación entre estas movilidades centroamericanas y las relaciones de fuerza geopolíticas internacionales: la reciente recomposición de las lógicas migratorias regionales tiene un impacto muy fuerte en las políticas de contención de los flujos irregulares y en una serie de acuerdos económicos y comerciales, en un juego de espejo entre frontera sur y frontera norte, como lo vemos con el reciente acuerdo entre los gobiernos de Trump y AMLO (junio 2019), relativo a la imposición de aranceles si no se paraba el flujo centroamericano. Las problemáticas de la vulnerabilidad y de la violencia se imponen como desafíos principales en la interface América Central – América del Norte, transformando profundamente las dinámicas territoriales a escala regional y transfronteriza (Faret, 2018).

Sin duda se encuentran interconectadas experiencias humanas de movilidad física con las dinámicas de subversión política expresadas en el espacio (De Genova y Peutz, 2010; Shell, 2018): al igual que cuando la movilización social se ejerce en las calles o en las plazas, la migración es subversiva, autónoma e incorregible (De Genova, 2017) porque desafía la función principal u oficial de los límites espaciales: las fronteras. Finalmente, nos interesa considerar este caso desde la perspectiva de los movimientos sociales porque permite rebasar la dicotomía que se percibe generalmente en la literatura, entre la presentación del migrante como sujeto desempoderado y sometido por las circunstancias político-económicas, y el punto de vista que lo caracteriza en toda su dimensión de agenciamiento. La migración contemporánea forma parte de las nuevas formas de activismo político e identidades ciudadanas (Nyers y Rygiel, 2012).

3.3. “Comer local” en la metrópolis... reivindicación, organización y desigualdades territoriales

Un segundo ejemplo que ilustra muy bien la capacidad de los movimientos sociales en transformar los territorios y en generar redes capaces de conectar actores y recursos a través del espacio (Nicholls, Miller y Beaumont, 2013) es el de las cadenas cortas agroalimentarias (CCA). Definidas como un circuito de comercialización “corto”, por no tener más de un intermediario entre el productor y el consumidor de alimentos, constituyen un movimiento de resistencia que surge en el marco de una crítica al sistema agro-alimentario global fuertemente concentrado, denunciando una

serie de mecanismos de desigualdad e injusticia: baja remuneración del productor, consumo muy homogeneizado y de mala calidad, ganancias de los intermediarios desproporcionadas, control de toda la cadena por parte de multinacionales de distribución y grandes supermercados, etc. En base a esta observación y a la búsqueda de alternativas, el interés crece alrededor de la posibilidad de transformar las relaciones de poder y los impactos negativos de la globalización, promoviendo prácticas agrícolas sostenibles y modalidades de comercio justo, en relación con las características propias del territorio y privilegiando la escala local. La proximidad es un elemento clave en la caracterización de las CCA, tanto en términos geográficos como en términos organizacionales: por un lado, se promueve un modelo en el cual los alimentos son producidos en espacios cercanos al espacio de consumo, para evitar el costo económico y ambiental del transporte; por otro lado, se plantea un rol menos pasivo de los actores del mercado, pensando el consumidor en un perfil activo que tiene interés en tejer otro tipo de relaciones con los productores, en obtener informaciones transparentes sobre la calidad del producto y sobre la responsabilidad social que implica su producción (condiciones laborales, impacto ambiental, etc.). En este sentido, se habla de “nuevas ciudadanías alimentarias”, pues se pone el acento en los esfuerzos de construcción social e innovación territorial (Friedland, 2004; Hochedez y Le Gall, 2016; Aubry y Kebir, 2013; Agyeman y McEntee, 2014).

En términos de impactos socio-territoriales, estas formas de resistencia buscan generar vínculos renovados entre el campo y la ciudad, así como impulsar dinámicas de integración territorial para los espacios periurbanos, ubicando el tema de la alimentación, de la agricultura y del vínculo social como grandes retos de las metrópolis mundiales. Sin embargo, es necesario subrayar que levantan también una serie de preguntas en términos de justicia alimentaria, equidad en el acceso a la alimentación y segregación urbana. Se trata de movimientos sociales cuyas modalidades de acción colectiva y de prácticas espaciales son nuevas: pertenecer a una clase socioeconómica privilegiada (blanca, educada, socialmente integrada), expresar una forma de conciencia socioambiental y participar del movimiento exclusivamente como consumidores (es decir, según sus gustos, necesidades creadas y capacidades adquisitivas). Lo interesante para la presente reflexión es que, a pesar de no fungir como un movimiento social estructurado y jerarquizado —sino más bien desde los márgenes de la política clásica de partido o de grupo, con lógicas espontáneas y desde diversos motores de liderazgo—, la expresión de esta resistencia tiene impactos importantes en términos de reconfiguraciones socioespaciales en el ámbito urbano. Los efectos del “comer local” se han mostrado muy claramente en el caso de las ciudades de Detroit y Nueva York por ejemplo, donde la falta de recursos ambientales y alimentarios es central en el surgimiento de estas movilizaciones, y donde la reapropiación colectiva del territorio (a través de huertos urbanos) propaga tanto beneficios comunitarios como nuevas formas de segregación urbana (Paddeu, 2015).

3.4. Digitalización de los movimientos sociales: ¿detrterritorialización o cambio de escala para la acción colectiva?

El movimiento social puede ser anclado en el espacio o bien construido desde la esfera virtual, territorializado o deterritorializado. No se puede eludir el creciente papel de las redes sociales en los movimientos sociales y pasar por alto lo que significan en términos de acciones colectivas y de capacidad de movilización de la

sociedad civil. Sin duda, la emergencia de estas nuevas formas de acción, organización y comunicación cuestionan al geógrafo, pues la disciplina tiene que actualizar sus lecturas de los impactos recíprocos entre social y territorial, a la luz de la emergencia de estas formas de conglomeración, resistencia, así como de estas nuevas herramientas soportes de los movimientos sociales. Como lo planteábamos en la introducción, el espacio es un objeto y un objetivo, pero también un soporte y un vector de los movimientos sociales. En un mundo tecnologizado en donde la circulación de la información y la agilización de la comunicación pretenden establecer comunidades más democráticas y fomentar colectivos más participativos, los estudios espaciales buscan explorar estas nuevas configuraciones territoriales, sus relaciones con lo local y sus implicaciones en la conceptualización misma del espacio (López Levi, 2010).

En primer lugar, observamos que la digitalización de los movimientos sociales no se desarrolla en contra del proceso de anclaje territorial de las luchas. Al contrario. Lejos de impedir el aterrizaje local de las reivindicaciones, ha demostrado su potencial para organizar la acción colectiva. Retomando el caso de las caravanas migrantes centroamericanas, cabe subrayar que los llamados al éxodo han surgido en las redes sociales y que el movimiento de apoyo y defensoría de los derechos humanos se sostiene en gran parte en el tejido digital, a través de las fronteras mesoamericanas. Además, la digitalización del movimiento social permite dar una dimensión global a relaciones de dominación locales. El caso de los movimientos autóctonos o independentistas es muy sugerente: el movimiento zapatista en Chiapas o las movilizaciones en favor de la autodeterminación e independencia en Cataluña, por ejemplo, a través de diversos tipos de estrategias de internacionalización y articulación con otros grupos de resistencia, han desbordado fronteras y conflictos locales, llegando a interrogar otras entidades espaciales e institucionales.

Las redes sociales y las nuevas tecnologías de la comunicación entre ciudadanos conectados han generado, desde inicios del siglo XXI, dinámicas de “internacionalización de los movimientos sociales” (Tilly, 2005) a través de nuevas tácticas y modos de organización para la lucha social. Pero en paralelo a la activación de redes y herramientas digitales, no dejaron de resultar esenciales las estrategias de contestación más tradicionales, ocupando capitales, plazas cargadas de símbolos políticos e históricos. Desde el movimiento estudiantil de la plaza Tian-An-Men en China hasta las revoluciones árabes en la plaza Tahrir en Egipto, pasando por los indignados en la Puerta del Sol en Madrid, la importancia del lugar se hace evidente y, desde la geografía, nos interesa cuestionar la dimensión espacial en la sociología de las movilizaciones sociales en la era digital (Combes, Garibay y Goirand, 2016). La reconfiguración de las ciudadanías se realiza evidentemente a partir de complejos juegos de escala, de las nuevas herramientas de vinculación entre los sujetos políticos y de la renovada importancia de los lugares físicos y vividos que, a su vez, transforman la acción colectiva a través de la “batalla de la información” (Pleyers, 2018b, p.86).

Finalmente, es la representación misma del espacio que se ve cuestionada por los movimientos sociales, y en particular las capacidades de producir y difundir información espacial. Cuando Lacoste afirmaba que la geografía era “una arma para hacer la guerra” (2012 [1976]), resaltaba el carácter dominante y hegemónico de la disciplina, en una suerte de *noviazgo* con las esferas política y militares, pero alertaba también sobre la función de los mapas, herramientas de poder en manos de los regímenes opresores. La cartografía se convierte por lo tanto en un medio, una

plataforma y un recurso que permite también generar estrategias de resistencia, pues permite mostrar representaciones del espacio en base a un objetivo preciso. Si bien el Estado, las instituciones o actores de la esfera privada movilizan esta herramienta en función de sus intereses administrativos, políticos o económicos, otros actores se apropian también de los mapas para generar condiciones más equitativas, democráticas y transparentes en la creación y en el uso de esta representación espacial.

Académicos, cartógrafos profesionales o ciudadanos comprometidos se involucran en esta dinámica para promover la cartografía participativa, mejorar el acceso a la información y apoyar movimientos sociales desde una perspectiva de derecho y de legitimidad. Sobresalen por ejemplo mapas generados en articulación con comunidades indígenas para la defensa del territorio y en contra de los megaproyectos en América Latina³, con movimientos feministas⁴, con las víctimas de la desaparición forzada⁵, con grupos que denuncian el fenómeno del acaparamiento de tierra (*land grabbing*) en África⁶ o bien de la gentrificación⁷ en grandes ciudades del Norte o del Sur.

La renovación y la reconfiguración de los movimientos sociales —especialmente a través del uso de herramientas digitales— parece ir en el sentido de la tesis del geógrafo brasileño R. Haesbaert (2013): la “detritorialización” corresponde en el mundo global a lógicas de destrucción o de abandono de un territorio (despojo), al mismo tiempo que revela mecanismos de precarización territorial para los grupos subalternos, fenómeno de gran interés para la geografía crítica (Santos, 1978). Pero en realidad, si observamos de cerca la articulación entre las escalas local/global y la recomposición de los juegos de actores desde la acción colectiva, las nociones de “reterritorialización” o “multilocalización” se muestran más pertinentes: “las “comunidades virtuales” y toda esa dimensión inmaterial [...] también tiene que ser analizada —no en sí misma, sino por las vinculaciones/interferencias que generan en el espacio concreto” (Haesbaert, 2013, p.37).

Conclusiones

En un sistema global caracterizado por la concentración y la circulación de recursos, por lógicas neoliberales de interrelaciones y por una supuesta homogenización de las prácticas económicas y sociales, la escala local reviste mucho interés para renovar la mirada sobre las dinámicas socioespaciales, desde la perspectiva del “pueblo global” y de una compleja “geometría del poder” (Massey, 2012). La región como construcción espaciotemporal, como articulación de relaciones sociales (Allen *et al.*, 2012), así como las nuevas formas de resistencia ancladas en el territorio, están en el corazón de las interrogaciones sobre escalas, redes y participación ciudadana, abriendo campos de estudio claves para la geografía humana. Esta perspectiva de la “glocalización” (Swyngedouw, 2004) se revela muy estimulante para una reflexión sobre los movimientos sociales y sobre su relación con el territorio: como lo planteamos en la

³ Ver <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/96a65dcd-5850-4153-9de8-2ea34f5dbb74/geocomunes-emancipacion-colaborativa>

⁴ Ver <https://territorioyfeminismos.org/tag/geobrujas/>

⁵ Ver <https://www.forensic-architecture.org/case/ayotzinapa/>

⁶ Ver <http://www.goodfoodworld.com/2012/07/mapping-the-land-grab-in-africa/>

⁷ Ver <https://www.gislounge.com/using-gis-study-gentrification/>

problemática inicial y lo reflexionamos a lo largo de la revisión de casos concretos, la expresión territorial de las luchas de poder es determinante para entender la capacidad de reacción y de adaptación de las acciones colectivas, desde las estrategias y espacios de organización.

La perspectiva territorial también nos permite comprender mejor las transformaciones contemporáneas de los movimientos sociales en su esencia, en su composición, en sus tácticas y en sus recursos socioespaciales. Las mutaciones del mundo actual se apoyan tanto en organizaciones a nivel local como en las conexiones a nivel global. Lejos de ser contradictorios, los dos procesos se complementan y, al observar este fenómeno detenidamente, podemos darnos cuenta del potencial de las redes de actores diversos, basadas en acciones colectivas ancladas en el territorio, articulación de escalas e interrelaciones reterritorializadas por la influencia creciente de las herramientas virtuales. Estas nuevas modalidades, estructuras y habilidades de los movimientos sociales contribuyen a la renovación de las formas de cuestionamiento de los marcos institucionales de poder y a la (re)apropiación del espacio como vector e instrumento poderoso para la movilización.

Finalmente, el estudio de los movimientos sociales de protesta y/o de resistencia desde la perspectiva de las reconfiguraciones territoriales posibilita visibilizar la “globalización real” (Mezzadra y Neilson, 2013), es decir los impactos concretos de las injusticias y desigualdades en los espacios de vida, de trabajo, de resistencia. Esta preocupación y tarea urgente de las ciencias sociales es de particular interés para una lectura crítica de la extensión del trabajo precario, la degradación ambiental, la masificación del consumo, el despojo de los recursos y las nuevas formas de ciudadanía.

Agradecimientos

Agradezco la lectura y los comentarios de las y los colegas que han acompañado el proceso de redacción de este texto en diferentes momentos, particularmente a Sara Lara Flores (que extraño tanto), Hubert Carton de Grammont, Laurent Faret, Julie Le Gall y Yerko Castro. También a los evaluadores anónimos por sus acertadas sugerencias que permitieron mejorar el artículo.

Referencias

- Agyeman, J., y McEntee, J. (2014). Moving the Field of Food Justice Forward Through the Lens of Urban Political Ecology. *Geography Compass*, 8(3), 211-220. <https://doi.org/10.1111/gec3.12122>
- Allen, J., Cochrane, A., Henry, N., Massey, D., y Sarre, P. (2012). *Rethinking the region: Spaces of neo-liberalism*. Londres & Nueva York: Routledge.
- Aquino, A. (2013). La comunalidad como epistemología del Sur, aportes y retos. *Cuadernos del Sur*, 18(34), 7-20.
- Aubry, C., y Kebir L. (2013). Shortening food supply chains: A means for maintaining agriculture close to urban areas? The case of the French metropolitan area of París. *Food Policy*, 41, 85-93.
- Bartra, A. (1977). Seis años de lucha campesina. *Investigación económica*, 36(141), 157-209.

- Bonnemaison, J. (1981). Voyage autour du territoire. *L'Espace géographique*, 10(4), 249-262.
- Carruthers, D. (2008). *Environmental Justice in Latin America: Problems, Promise and Practice*. Londres: The MIT Press.
- Cairo, H. (2013). Espacio y Política: Por una Teoría Política Situada. *DADOS–Revista de Ciências Sociais*, 56(4), 769-802.
- Castro-Gómez, S., y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Ceceña, A. E. (2018). Territorialidad del poder. *Inclusiones*, 5(54), 178-93.
- Combes, H., Garibay, D., y Goirand, C. (2016). *Les lieux de la colère: occuper l'espace pour contester. De Madrid a Sanaa*. París: Karthala.
- De Genova, N. (2017). The Incurable Subject: Mobilizing a Critical Geography of (Latin) America through the Autonomy of Migration. *Journal of Latin American Geography*, 16(1), 17-42. <https://doi.org/10.1353/lag.2017.0007>
- De Genova, N., y Peutz, N. (2010). *The Deportation Regime: Sovereignty, Space, and the Freedom of Movement*. Durham: Duke University Press.
- Debarbieux, B. (2013). *Haut lieu*. París: Belin.
- Dias, G. V., y Ribeiro Tostes, J. G. (2009). Desenvolvimento sustentável: do ecodesenvolvimento ao capitalismo verde. *Revista da Sociedade Brasileira de Geografia*, 2(2), 2007-2009.
- Dikeç, M. (2012). Space as a mode of political thinking. *Geoforum*, 43(4), 669-676. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2012.01.008>
- Escobar, A. (1998). Whose knowledge, whose nature? Biodiversity, conservation, and the political ecology of social movements. *Journal of political ecology*, 5(1), 53-82.
- Faret, L. (2018). Enjeux migratoires et nouvelle géopolitique à l'interface Amérique latine-États-Unis. *Hérodote*, (171), 89-105. <https://doi.org/10.3917/her.171.0089>
- Faret, L. (2020). Migrations de la violence, violence en migration. Les vulnérabilités des populations centraméricaines en mobilité vers le Nord. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 36(1), 31-52. <https://doi.org/10.4000/remi.14393>
- Fernandes, B. M. (2000). Movimento social como categoria geográfica. *Terra Livre*, 0(15), 59-86.
- Fernandes, B. M. (2005). Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais. *Revista Nera*, 8(6), 24-34. <https://doi.org/10.47946/rnera.v0i6.1460>
- Friedland, W. H. (2004). Agrifood globalization and commodity systems. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 12(1), 17-28.
- Gandarillas Gonzáles, M. (Ed.). (2014). *Extractivismos: Nuevos contextos de dominación y resistencias*. Cochabamba: CEDIB.
- Garibo, M. (2016). Migración centroamericana en tránsito por México en el marco de la externalización de la frontera estadounidense: Plan Sur y Plan Frontera Sur. *Punto norte*, (3), 71-102.
- Guha, R. (1999). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Durham: Duke University Press.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Cultura y representaciones sociales*, 8(15), 9-42.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Harvey, D. (2005). *The New Imperialism*. Oxford: OUP.
- Hochedez, C., y Le Gall, J. (2016). Justice alimentaire et agriculture Food Justice and Agriculture. *justice spatiale | spatial justice*, 9. Recuperado de <https://www.jssj.org/article/justice-alimentaire-et-agriculture/>
- Jasper, J. M. (2012). ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. *Sociológica*, 27(75), 7-48.
- Lacoste, Y. (2012 [ed. original 1976]). *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*. París: La Découverte.
- Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- López Flores, P. (2015). Re-emergencia de conflictos socioterritoriales y movimientos sociales en los gobiernos "progresistas". Los casos del TIPNIS en Bolivia y el Yasuní en Ecuador. *Revista nuestraAmérica*, 3(5), 40-54.
- López Levi, L. (2010). Cyberespacio, mundos virtuales y territorios del saber. En Lindón, A. y Hiernaux D., *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes* (pp.241-258). Barcelona y México: Anthropos y UAM.
- Lund, C., y Rachman, N. F. (2016). Occupied! Property, Citizenship and Peasant Movements in Rural Java. *Development and Change*, 47(6), 1316-1337. <https://doi.org/10.1111/dech.12263>
- Marston, S. (2003). Mobilizing Geography: Locating Space In Social Movement Theory. *Mobilization: An International Quarterly*, 8(2), 227-33. <https://doi.org/10.17813/maiq.8.2.y3g417h65653t554>
- Martin, D., y Miller, B. (2003). Space And Contentious Politics. *Mobilization: An International Quarterly*, 8(2), 143-56. <https://doi.org/10.17813/maiq.8.2.m886w54361j81261>
- Martin, P. M. (2005). Comparative Topographies of Neoliberalism in Mexico. *Environment and Planning A: Economy and Space*, 37(2), 203-220. <https://doi.org/10.1068/a3737>
- Martínez González, M., y Gómez Suárez, Á. (2017). Vientos del capitalismo verde: globalización, desarrollo y transición energética en el Istmo de Tehuantepec (Oaxaca, México). *Ciência & Trópico*, 41(1), 15-54. Recuperado de <https://fundaj.emnuvens.com.br/CIC/article/view/1628>
- Martínez Luna, J. (2010). *Eso que llaman comunalidad*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Massey, D. (2012). Power-Geometry and a Progressive Sense of Place. En J. Bird *et al.*, *Mapping the Futures. Local Cultures, Global Change* (pp.59-69). Londres: Routledge.
- Massey, D., y Jess, P. (1995). *A Place in the World?: Places, Cultures and Globalization*. Oxford: Oxford University Press.
- Melé, P. (2005). Conflits patrimoniaux et régulation urbaine. *ESO Travaux et Documents*, (23), 51-57.
- Mestries, F., Pleyers, G., y Zermeño, S. (2009). *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*. Barcelona, México: Anthropos, UAM.
- Mezzadra, S. (2005). *Derecho de fuga. Migraciones ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mezzadra, S., y Neilson, B. (2013). *Border as Method, or, the Multiplication of Labor*. Durham: Duke University Press.
- Mignolo, W. (2010). *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

- Moulier-Boutang, Y. (2005). Formes de travail non libre. Accumulation primitive : préhistoire ou histoire continuée du capitalisme? *Cahiers d'études africaines*, (179-180), 1069-1092.
- Nicholls, W., Miller, B., y Beaumont, J. (2013). *Spaces of Contention: Spatialities and Social Movements*. Londres: Ashgate Publishing.
- Nyers, P., y Rygiel, K. (2012). *Citizenship, Migrant Activism and the Politics of Movement*. Oxon & New York: Routledge.
- Ojeda, D. (2016). Los paisajes del despojo: propuestas para un análisis desde las reconfiguraciones socioespaciales. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(2), 19-43. <https://doi.org/10.22380/2539472X38>
- Oslender, U. (2010). La búsqueda de un contra-espacio: ¿hacia territorialidades alternativas o cooptación por el poder dominante? *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 1(1), 95-114.
- Paddeu, F. (2015). *From Urban Crisis to Reclaiming Urban Space. Grassroots Environmental and Food Justice Activism in Low-Income Neighborhoods in Detroit and the Bronx in New York*. (Tesis doctoral en Geografía). Université Paris 13, París.
- París Pombo, D. 2016. Políticas migratorias restrictivas y violencia institucional contra los migrantes. *Debate* (Flacso Andes), (97), 85-102.
- Paz, M. F., y Risdell, N. (2014). *Conflictos, conflictividades y movilizaciones socio ambientales en México: problemas comunes, lecturas diversas*. México: UNAM.
- Porto Gonçalves, C. W. (2001). *Geo-grafías: Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.
- Pleyers, G. (2018a). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Pleyers, G. (2018b). De Facebook a las plazas: activismo e internet en la década 2010. En G. Pleyers (Ed.), *Movimientos sociales en el siglo XXI : perspectivas y herramientas analíticas* (pp.79-90). Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Raffestin, C. (2013). *Por una geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán.
- Revilla Blanco, M. (1994). El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido. *Zona abierta*, (69), 181-213.
- Ripoll, F. (2005). S'appropriier l'espace... ou contester son appropriation? *Noröis*, 195(2), 3-21. <https://doi.org/10.4000/noröis.489>
- Rosset, P. M. (2016). La reforma agraria, la tierra y el territorio: evolución del pensamiento de La Vía Campesina. *Mundo Agrario*, 17(35). Recuperado de <http://se-dici.unlp.edu.ar/handle/10915/55894>
- Routledge, P. (1996). Critical Geopolitics and Terrains of Resistance. *Political Geography*, 15(6), 509-531. [https://doi.org/10.1016/0962-6298\(96\)00029-7](https://doi.org/10.1016/0962-6298(96)00029-7)
- Rua, M. das G. (1998). Exclusión social y acción colectiva en el medio rural. El Movimiento de los Sin Tierra de Brasil. *Nueva Sociedad*, (156), 156-165.
- Saïd, E. W. (1978). *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.
- Santos, M. (1978). *Por uma geografia nova : da crítica da geografia a uma geografia crítica*. São Paulo: Hucitec.
- Shell, J. (2018). Verkehr, or Subversive Mobility: Recovering Radical Transportation Geographies from Language. *Human Geography*, 11(3), 11-29.
- Spivak, G. (1988). *Can the Subaltern Speak?* Londres: Macmillan.

- Svampa, M. (2011). Néo-“développementisme” extractiviste, gouvernements et mouvements sociaux en Amérique latine. *Problèmes d'Amérique latine*, (81), 101-127. <https://doi.org/10.3917/pal.081.0101>
- Swyngedouw, E. (1989). The heart of the place: the resurrection of locality in an age of hyperspace. *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography*, 71(1), 31-42. <https://doi.org/10.1080/04353684.1989.11879585>
- Swyngedouw, E. (2004). Globalisation or ‘glocalisation’? Networks, territories and rescaling. *Cambridge Review of International Affairs*, 17(1), 25-48. <https://doi.org/10.1080/0955757042000203632>
- Tamayo Flores, S., y Cruz-Guzmán, X. (2018). Espacios imaginados y formas simbólicas del EZLN en la Ciudad de México. *Anuario de espacios urbanos, historia, cultura y diseño*, (12), 5-54.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Tilly, C. (2000). Spaces of Contention. *Mobilization: An International Quarterly*, 5(2), 135-59. <https://doi.org/10.17813/maiq.5.2.j6321h02n200h764>
- Tilly, C. (2005). Los movimientos sociales entran en el siglo veintiuno. *Política y Sociedad* (42), 11-35.
- Torre Cantalapiedra, E., y Yee Quintero, J. C. (2018). México ¿una frontera vertical? Políticas de control del tránsito migratorio irregular y sus resultados, 2007-2016. *LiminaR Estudios Sociales y Humanísticos*, 16(2), 87-104. <https://doi.org/10.29043/liminar.v16i2.599>
- Touraine, A. (1978). *La voix et le regard: Sociologie des mouvements sociaux*. Paris: Le Livre de poche.
- Varela Huerta, A. (2016). Luchas migrantes en contextos de tránsito migratorio, el caso del movimiento migrante centroamericano. *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 24(48), 31-44. <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880004803>
- Vásquez Cardona, D., y Rincón, L. F. (2013). De la lucha por la tierra a la defensa del territorio: discusiones en torno a la configuración del sujeto popular. *CAMPO-TERRITÓRIO: revista de geografia agrária*, 8(16), 97-129.